ORDOÑEZ: COGIDA NUM. 12

EL PERCANCE DE ARANJUEZ, UN EXCESO DE CONFIANZA

"Mientras en otros espectáculos todo está planificado para el éxito, en los toros todo parece planificado para el fracaso"

"Aranjuez.—Toros de Barcial. Antonio Ordóñez, en su primero, faena por derechazos y naturales. Resultó cogido, sin consecuencias. Estocada. Petición de oreja y vuelta. En el cuarto, gran faena con pases de todas las marcas. Cogido al dar una giraldilla, entró a matar y cobró gran estocada. Dos orejas, rabo y pata. Pasó a la enfermería".

Con este lenguaje escueto y telegráfico, en el que se encierra, a falta de literatura, la más viva representación de la tragedia de los tiempos modernos, daban cuenta los periódicos madrileños de la cogida sufrida por Antonio Ordóñez en Aranjuez el sábado 30 de mayo. Después, los periodistas taurinos harían su literatura florida y panegirista. Alguno, como Marino Gómez Santos, podría, incluso, reconstruir literariamente, con aire de romance, el trágico episodio en pocas líneas:

Por el puente de Aranjuez venían los chicos corriendo despavoridos hacia la plaza.
—¡Le han cogido! ¡Le han cogido!
—¿Qué ha pasado, niño?
—Que un toro le ha cogido a Ordóñez.
Iban corriendo entre el polvo a agolparse a la puerta de la plaza por donde sacaban al torero.

Pero antes de producirse toda la literatura, como un informe rutinario sin importancia, venía el parte facultativo: «Herida por asta de toro, con orificio de entrada por el canal interglúteo y trayectoria de más de 15 centímetros hacia arriba y hacia afuera, en la fosa ilíaca externa izquierda, llegando hasta las proximidades del borde superior del hueso ilíaco, produciendo desgarros en los músculos glúteo mayor y mediano y lesiones importantes en los vasos glúteos inferiores. Pronóstico grave.»

—¿Cuántas veces has estado así, Antonio?—le preguntó un redactor de SP, ya en el sanatorio Ruber, de Madrid, tres días después de la cogida.

—¿Aquí en el Ruber?

—No; quiero decir herido, cogido por el toro.

—Esta es la cogida número 12.

—¿Cuántos años llevas de matador?

—Desde 1951; hace ahora ocho años.

—Y en ese tiempo de matador, ¿cuántas veces te ha cogido el toro?

—Con ésta son diez veces.

—O sea a un promedio de más de una cogida por año.

El matador tiene 39° de fiebre. No está para magnetofón, razón por la cual hay que aplazar la entrevista para otro día y recurrir al diálogo con notas taquigráficas y descripción de ambiente, en lugar de la transcripción literal de la conversación, típica de SP.

Carmen Dominguín, desde hace cinco años señora de Ordóñez, da acceso, pocos días más tarde, de buena mañana, a un Antonio Ordóñez adelgazado por la fiebre, optimista, impaciente por marcharse a su casa y comenzar el camino de la convalecencia que ha de llevarle otra vez a los ruedos. Traen las facturas del sanatorio.

—La cuenta del hotel—bromea el torero.

—¿Cómo fué que te cogió ese toro?—se reanuda ahora el diálogo, interrumpido algunos días antes.

—Concretamente, la cogida de Aranjuez yo creo que fué un exceso de confianza.

—¿Te gustaba mucho ese toro?

—Estaba con él lo que se dice a gusto, dentro de lo a gusto que se puede estar con un toro.

"S. P" 14 junio 1959

—Total que, resumiendo este tema, efectivamente torear tiene sus riesgos, ¿no?

—Tiene un riesgo grandísimo, desde que hace uno el paseo hasta que se llevan el toro las mulillas. Inclusive, se ha dado el caso de darle una cornada al torero cuando arrastraban al toro las mulillas. Esto le pasó a un novillero venezolano en Palencia.

—Hay algo —pregunta el periodista— que es sobrecogedor y que me gustaría que me explicaras: ¿Cómo puedes, después de una cornada tan tremenda, levantarte, ir al toro y matarlo de una estocada? ¿Dónde reside la fuerza, el resorte, que te impulsa a hacer eso?

—No sé decirte exactamente. En ese momento no se piensa. Es el instinto. Lo que uno quiere es terminar. Porque uno ha salido a la plaza, ha sido contratado para matar dos toros. Uno no está contratado para cortar orejas, sino para lidiar y matar al toro, y entonces, supongo yo, lo que opera es el amor propio, algo así como el cumplimiento del deber.

Lo que opera, indudablemente, aunque Ordóñez no lo diga, es la casta, el temple de esa clase de hombres de raza cuyo instinto, cuando las facultades mentales dejan de estar en primer plano, les lleva indefectiblemente, como en una tragedia griega, al cumplimiento de un destino que ellos no pueden gobernar, y que, en el caso de los ejemplares como Ordóñez, adquiere siempre ribetes heroicos.

—Un hombre de veintisiete años como tú —continúa el diálogo—, con medios de fortuna, con mujer y dos hijas, con toda la fama y posición social, ¿por qué sigues en el ruedo? ¿Qué te hace a ti seguir arrostrando un peligro que ya en doce ocasiones podría haber acabado contigo?

—Pues yo, en primer lugar, siento el toreo.

—Ese sentimiento está compuesto de qué: ¿de ambición, de amor propio, de gusto por el aplauso, del placer del éxito?

—Es complejo. Está compuesto, principalmente, de que uno quiere ser algo en la vida, saber que es algo.

—Pero tú ya lo eres.

—Es que yo no pienso que soy algo; pienso que todavía tengo yo muchas cosas que hacer. Yo aspiro ahora mismo a un sitio que creo que nunca llegaré.

—Aspiras a ser el torero de tu época.

—Eso mismo.

—Pues para muchos ya lo eres. Tú eres un torero que conjugas de manera perfecta el arte y el valor.

—El coraje me da todo a mí. Mucha parte del público cree precisamente que yo nada más tengo arte; mucha gente piensa así, que yo nada más que tengo arte. Pero yo les diría una cosa: esos toreros que han figurado en la historia como valientes —y yo me alegro, gracias a Dios, que no les haya pasado nada— a ninguno les ha cogido el toro como a mí.

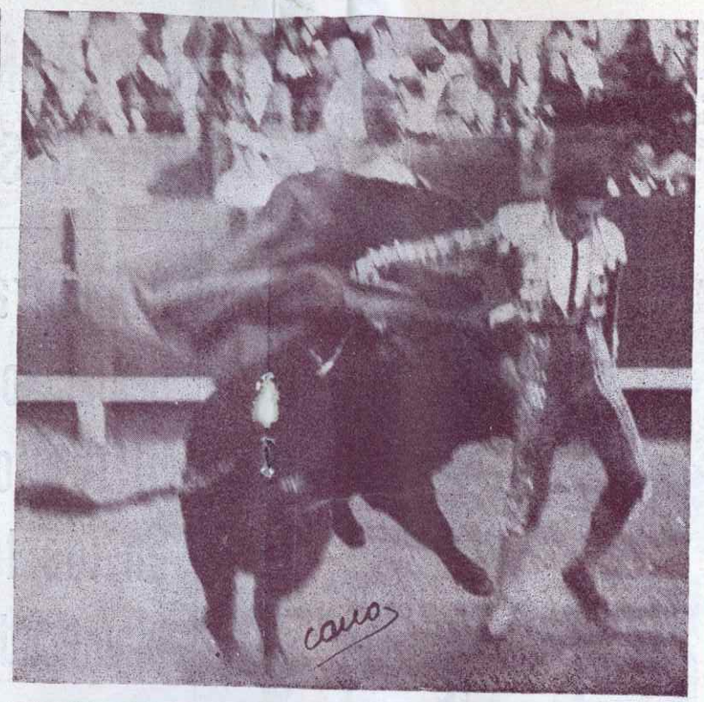
—Pero en el toreo, además del arte y el valor, supongo yo que hay otro factor importante, que es la inteligencia, la capacidad para planear y desarrollar una estrategia, o sea lo que se llama la lidia.

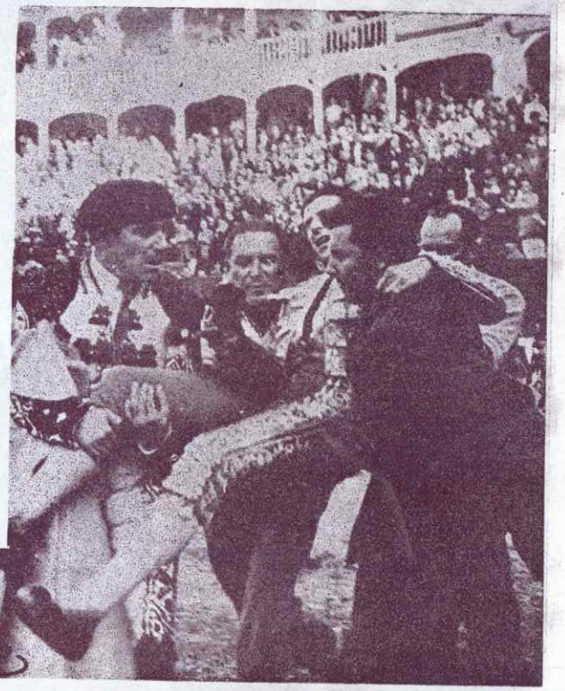
—Pues sí, seguramente se necesita inteligencia y saber lidiar. Pero ahí habría mucho que hablar. Porque si te fijas, las corridas de toros son el único espectáculo que parece que está preparado y dispuesto todo adrede para que fracase.

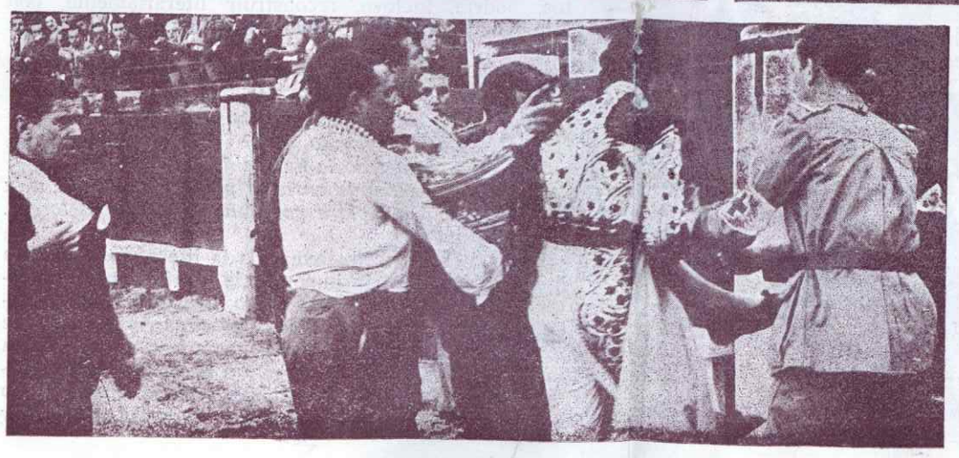
—¿Qué quieres decir más claramente?

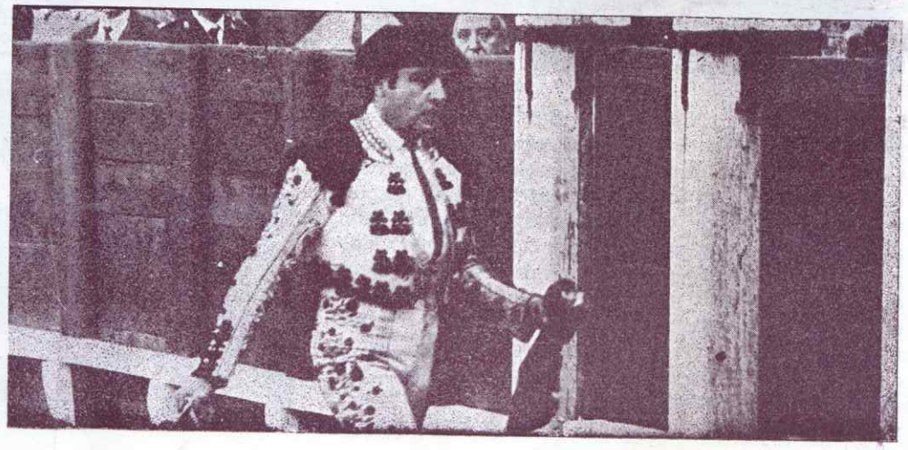
—Quiero decir que en cualquier espectáculo se arreglan las cosas, se preparan, con objeto de que salga

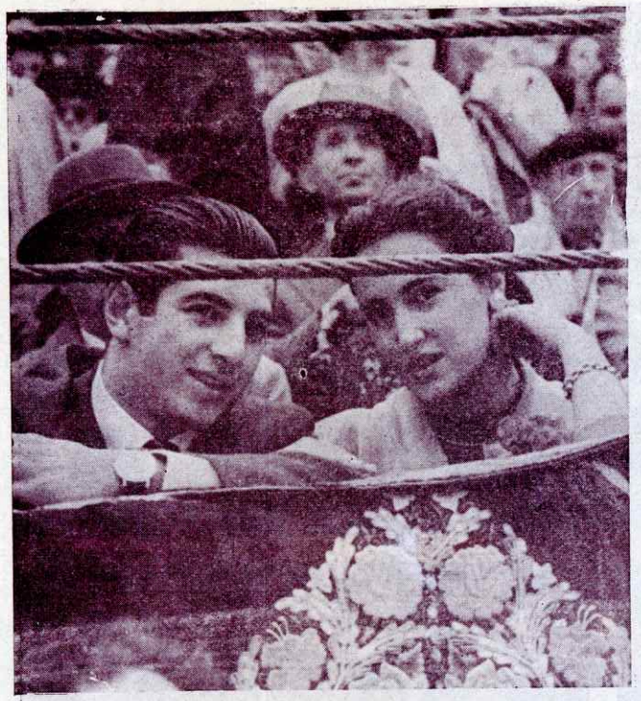
LA COGIDA EN DIEZ TIEMPOS



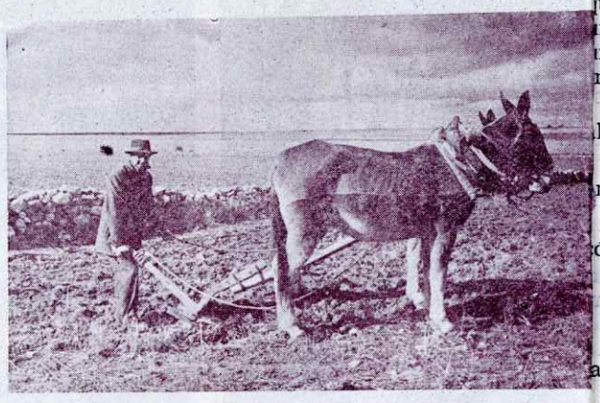


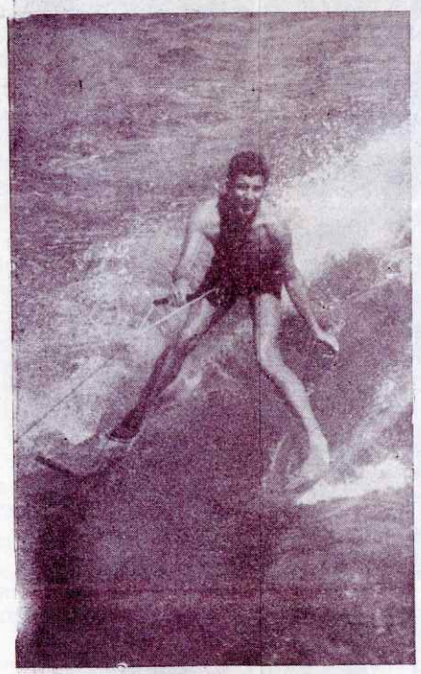






ANTONIO Ordóñez, aficionado también a ' toros desde la barrera, como simple espe presencia una corrida en compañía de su es en una finca, cuida personalmente de sus tierras; práctica de actividades deportivas, realiza esquí acu tico y juega al fútbol. Por último, Ordóñez, cuando fu soldado del Ejército español.





bien y tenga éxito. Por ejemplo, en el fútbol —a mí me gusta mucho el fútbol—, los equipos salen a lucirse, la pelota es la más adecuada para pegarle bien con una clase de bota que es también la más apropiada, el portero lleva sus guantes y rodilleras para no hacerse daño al tirarse a parar un gol, el árbitro castiga cuando a alguien le juegan sucio o le dan una patada. Si los toros estuviesen planeados para el éxito, para que se luciera el torero y todo saliera bien, no se sacarían a la plaza toros grandes, sino becerros que no pudiesen hacer daño; no se le darían al toro tres puyas, sino que se le daría una, y entonces se le probaría con la muleta a ver si estaba bien, y si no estaba, se le daría otra, y

ro ejemplo: yo estoy de acuerdo en que las yas existan y en que un toro deba colocarse tres en la segunda raya, como actualmente se está ndo. Si a las tres veces no se arranca, ese toro es hanso. El presidente debería sacar su pañuelo y conenarlo a banderillas de fuego. Y luego, si el toro no ntra al caballo y no se le puede picar, pues habría ue ajustarse a la lidia que se le pueda dar, porque a n toro sin banderillas y sin picar es imposible hacerle na faena de las que el público considera como un riunfo.

—Esa será precisamente la estrategia que se le exige l que dirige la lidia.

—Sí, pero una estrategia en la que tú nunca puedes nticipar ni prever lo que va a hacer tu contrario.

—Hablando de otra cosa, Antonio, ¿puedes decirme ómo andan tus negocios con Hemingway?

—De eso todavía no se puede hablar nada.

—¿Qué clase de negocios son?

—Hombre, pues ahora, según dice Ernesto, está trando de comprar el Unión Pacífico.

—¿El ferrocarril? ¿No será más bien el Madison quare Garden, para hacer toros en Nueva York?

—No, eso es muy difícil, dificilísimo. Tendría que acerme socio de Eisenhower ahora mismo, y creo que mpoco serviría de nada.

—Y, sin embargo, a los americanos le gustan los toos a todos, casi sin excepción.

—Yo creo que sí, porque van mucho. En Tijuana hay na plaza que vive a base de los norteamericanos que e desplazan allí sólo por ver las corridas.

—¿Tienes tú contratos para América este año?

—Tengo para ir a Perú, y creo que a Colombia.

—Aquí, en España, ¿qué planes tienes para el resto e la temporada?

—Pues torear cuantas corridas me salgan, todas las ue pueda.

—¿Tienes ya una fecha fija para tu reaparición desués de esta cogida?

—No, porque hasta que no esté corriendo no lo pueo saber. Uno se ve con buen ánimo y se sienta en la utaca y se encuentra perfectamente. Voy a torear en eguida, pienso yo. Pero luego va uno al campo y emieza a correr, y resulta que al tercero o cuarto día e viene un desgarro de un músculo o algo mal soldado n la herida. Creo que para finales de mes estaré otra ez en el ruedo, espero.

—¿Vas a torear en el mismo cartel con Luis Miguel ominguín? ¿Tenéis ya planes concretos para eso?

—Creo que torearemos juntos dentro de quince o einte días?

—¿En Madrid?

—No; en Madrid todavía no.

—¿Cómo ha sido volver tú a estar apoderado por omingo y Pepe Dominguín?

—Yo siempre estuve apoderado por el padre. Luego e estado apoderado durante tres años por Camará hijo). Y ahora, desde el mes de abril, en la Feria de evilla, he vuelto, porque me siento mejor así. Hay azones y circunstancias muy importantes para mí, circunstancias familiares.

Ordóñez y Hemingway, hombres de negocios

—¿Es muy ventajoso para ti el haber vuelto con los Dominguín?

—Pues yo creo que quien más se beneficia de esto es el público. Porque Luis Miguel es el mejor torero que hay hoy, y así como estamos ahora, el público podrá vernos torear a los dos juntos. Nosotros, individualmente, creo que para otros efectos es igual que andemos juntos o separados, pero si estamos enfrentados quien pierde es el público, que no nos puede ver en el mismo cartel.

—Dejando los toros a un lado, ¿en qué empleas el tiempo tú cuando no tienes corridas? ¿Cuáles son tus aficiones?

—Principalmente el campo, montar a caballo. También juego al fútbol y al tenis, y, como espectáculos, me gustan el fútbol y el cine. Esto de que a un torero le guste el fútbol no lo entienden los viejos, pero es así. A mí me apasiona el fútbol.

—¿Cuál es tu equipo predilecto?

—Yo soy del Atlético de Bilbao.

—¿Y cómo te has ido a encajar tu afición tan lejos? ¿Qué te une a ti con Bilbao?

—Pues que es el único equipo en el que los once jugadores son españoles. Y yo soy capaz de ir a cualquier sitio para verlos jugar y aplaudirles, porque son todos españoles. Si fueran extranjeros, ¿por qué les iba a aplaudir? Una vez, con el Atlético de Bilbao, me desplacé incluso a Londres sólo por verlo jugar.

—Sí —interviene su esposa—; fué a verlo jugar en Inglaterra y se quedó diez días en París...

—Claro, de paso para Londres —asegura Ordóñez, muy serio.

—¿Y no eres cazador tú?

—Pues no. No soy un «mataperdices».

—¿No te gustaría, como a otros toreros, hacer cine?

—Nunca lo he intentado. Creo que no se puede, mientras estás toreando. La prueba está en que el «Litri», que es una de las personas más inteligentes que conozco, pensaba torear y hacer cine. Pero se ha metido en el cine y ha visto que no podía torear al mismo tiempo. El toreo exige una dedicación completa.

—Gracias por tu amabilidad, Ordóñez. Y que esta cogida sea la última.